



"No temas, pequeño rebaño..." (Lc 12,32). Confianza audaz en la divina misericordia

"No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha decidido daros el Reino.

Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Lc 12,32-34).

UNA LEGIÓN DE ALMAS PEQUEÑITAS, DISPUESTAS A LA SANTIDAD

Los Santos han tenido una gran conciencia de su miseria. Eso se puede comprobar claramente, por ejemplo, en los casos de San Francisco de Asís, de Santa Faustina Kowalska, de Santa Margarita María de Alacoque, de Santa Teresita ...

LA INFINITA
MISERICORDIA DIVINA



"Yo quisiera Jesús revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia...! Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita. ¿Pero por qué estos deseos, Jesús, de comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú, y nadie más que tú, el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, entonces, revelárselos también a otros...? Sí, lo sé muy bien, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas... ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR...!

La insignificante sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz" (Fin del Manuscrito B).

LA SANTIDAD QUE DIOS NOS PIDE

➤ La de ser niños, totalmente abandonados en la misericordia divina

En una ocasión dijo el Señor a Santa Faustina Kowalska:

"Deseo almas que se distinguan por una confianza sin límites en mi misericordia (...) Cuanto más confíe un alma, tanto más recibiré. Las almas que confían sin límites son mi gran consuelo, porque en tales almas vierto todos los tesoros de mis gracias. Me alegro de que pidan mucho, porque mi deseo es dar mucho, muchísimo".

Y en una carta a su hermana Celina, escribió Santa Teresa del Niño Jesús:

"Para complacer a Jesús, es necesario que permanezcamos muy humildes, muy pequeñas; que nadie nos preste atención. Permanezcamos siempre niños muy pequeños, tal como desea Nuestro Señor".

➤ Y vivir en el Corazón de la Virgen

"La Virgen Madre necesita almas insignificantes que se refugien en su Corazón para revolucionar el mundo. Lo pide en sus apariciones más recientes. Quiere que te dejes moldear por Ella a imagen de su Hijo. ... Te invita así a hacerte niño desapareciendo en su Corazón de Madre. Quiere meterte en ese "seno virginal en que todos estamos encerrados en este mundo, hasta que Ella nos dé a luz en la gloria" San Agustín. (P. Morales. TE, p.304).

LA CLAVE ESTÁ EN HACER Y, SOBRE TODO, DEJARNOS HACER (P. Morales)

La santidad que el Señor nos pide es una paradoja entre un hacer y un dejarnos hacer. Es indispensable un buen equilibrio entre el voluntarismo-pelagianismo (practicar la virtud por la virtud; poner nuestra seguridad de los sacrificios...) y el falso quietismo que olvida que todo es gracia y que solo el Espíritu Santo hace santos.

Tal vez hoy sea mayor este segundo peligro, el de un falso y cómodo abandono: pensar que la ascesis, de penitencia y sacrificio han sido suprimidas, y que basta con creer e ir tirando... El verdadero abandono espiritual, nada tiene que ver con la instalación en la mediocridad o con la pereza espiritual; al contrario, el verdadero abandono necesita respirar con dos pulmones: **hacer y dejarse hacer**; don de sí y abandono.

Fundamentalmente ser cristiano no es hacer cosas por Dios (a menudo sin Dios), sino el conjunto de nuestro hacer, de nuestras acciones cotidianas que son llamadas a "**dejarse hacer**", a dejarse gobernar e inspirar por la gracia: **un hacer que se deja hacer por la gracia**. "Eso es **SER voluntad de Dios**".

EL ASCENSOR DE SANTA TERESITA

Esta página de Santa Teresita nos puede dar mucha luz:

*"...Mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas por desgracia, cuántas veces me he comparado a los santos, he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que notamos entre una montaña cuya cumbre se pierde en las nubes y el humilde grano de arena pisoteado por los caminantes. Mas en vez de desalentarme, me digo que es imposible que Dios inspire deseos irrealizables, y que **a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad**. Me es imposible engrandecerme; **debo soportar tal como soy, con mis innumerables imperfecciones**; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un caminito bien recto, bien corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora ya no se necesita subir los peldaños de una escalera; un ascensor los reemplaza ventajosamente en la casa de los ricos. También yo quisiera encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque **soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección**.*

*He buscado, pues, indicaciones en los libros santos para hallar este ascensor, objeto de mis deseos, y he dado con estas palabras, salidas de la misma boca de la sabiduría eterna: "**Si alguien es muy pequeño, que venga a mí**". Me acerqué, pues, a Dios, y adiviné que había encontrado lo que buscaba.; mas deseando saber todavía lo que haría con el pequeñuelo, he proseguido mis investigaciones y he aquí que he hallado: "Así como una madre acaricia a su hijo, te consolaré, te recostaré en mi seno y te meceré en mi regazo". ¡Ah, jamás se regocijó mi alma con palabras más tiernas, más melodiosas que estas!*

*¡El ascensor que ha de levantarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, **tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más**" (Ms C, 3r).*

Y también cuentan los que la oyeron:

*"Me recuerdas a un **niño pequeño que todavía no sabe andar**. Quiriendo juntarse con su madre en lo alto de la escalera, levanta su piecico para superar el primer escalón. ¡Esfuerzo inútil! Siempre se cae sin poder avanzar. ¡Ah, bien! Consiente también tú en ser ese niño pequeño. **Por la práctica de todas las virtudes, levanta tu pequeño pie para ascender la escalera de la santidad**. No llegarás ni siquiera a superar el primer escalón. Pero **el buen Dios no te pide más que la buena voluntad**. Al fin, vencido por tus esfuerzos inútiles, **Él mismo bajará** y, cogiéndote en sus brazos, te llevará por siempre a su reino" (Proceso)*

Por tanto, en la "carrera" de la santidad, se nos pide:

1º. Levantar siempre el piecico... No dejar de intentar la santidad ("**no cansarnos nunca de estar empezando siempre**"). Es preciso hacer todo lo que esté en nuestra mano para amar y ser santo. Buscar amar a Dios en todo, "agradarle" en todo, y amar también al prójimo. Pero en este afán va a sentir inmediatamente su completa impotencia, sus caídas, su miseria...

2º. Dejarnos hacer (es lo más difícil) Entonces ¿desanimarse? ¡No!, es el momento de dejarnos hacer: servinos de dos potente palancas: **el abandono y la confianza**. Tienen un poder irresistible para atraer la misericordia y la fuerza de Dios. Se pide, se requiere una dependencia total del poder de **Dios que se despliega en su debilidad**... Así el alma se hace cada vez más pequeña, y a la vez más grande pero con la grandeza misma de Dios. **Dios será su santidad**.

La frontera entre el abandono y el falso quietismo suele ser tenue. ¿Cuál es la diferencia?

El **abandono espiritual** es entregarse a Dios Padre con una confianza absoluta, pero sin dejar nunca de luchar contra el pecado y contra las tentaciones. Dejarse hacer no es mero dejarse llevar... *La vida espiritual consiste en hacer todo lo que está en nuestras manos para llegar a ser perfectos, pero sin caer en el perfeccionismo* (= travesía espiritual con aires de combate sin faltas, la rigidez espiritual que busca la perfección en sí misma, la virtud por la virtud, sin tener en cuenta ni el amor ni la misericordia). Requiere la **sencillez de dejarse amar** en la suciedad del pecado, inclinados como estamos a rechazar el menor rasguño de la imagen ideal que tenemos de nosotros mismos. La humildad de dejarse salvar por otro, tentados como estamos siempre de querer salvarnos por nosotros mismos, de ser autosuficientes.

Algunos consejos para vivir la humildad de DEJARNOS SALVAR

✓ Convencernos del gran poder de la misericordia

*"Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que piensas. Él se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... Yo creo que la perfección es algo muy fácil de practicar, pues he comprobado que lo único que hay que hacer es **ganar a Jesús por el corazón**... Fíjate en un niño que acaba de disgustar a su madre enfadándose y desobedeciéndola: si se mete en un rincón con aire enfurruñado y grita por miedo a ser castigado, lo más seguro es que su mamá no le perdone la falta. Pero si va a tenderle sus bracitos sonriendo y diciéndole: "dame un beso, no lo volveré a hacer" ¿no le estrechará fuerte mente contra su Corazón y olvidará sus travesuras infantiles...? Sin embargo su madre sabe muy bien que su pequeño volverá a sus andadas en la primera ocasión; pero no importa: si vuelve a ganarla otra vez por el corazón, nunca será castigado"* (Carta de Santa Teresita a Leonia)

✓ Vivir una sana culpabilidad (sutil mecanismo de una "doble tristeza")

El dolor tras el pecado es normal, bueno (viene del Espíritu Santo, y nos lleva al buen remordimiento). Pero puede darse (y se da) una mala tristeza: una especie de mala culpabilidad *"que conduce a la muerte"* (San Pablo), y que Dios nos pide combatirla, porque es una mezcla de **orgullo** (es muy desagradable verse pobre y miserable, porque contradice totalmente el hermoso retrato que buscamos tener y dar de nosotros mismos); **miedo** (mete sospecha en el corazón: Dios ¿me seguirá amando después de lo que acabo de hacer? No falta razón, pensemos en las parejas y los problemas de infidelidad. Adán se escondió: *"tuve miedo porque estoy desnudo..."*), y **desesperanza** (cuando llegamos a decir: *"esto Dios no me lo perdonará jamás"*). Le pasó a Judas. Cuidado con la pequeñas y amargas tristezas.

✓ Cuidar el "después" del pecado

Ciertamente el pecado hiere el corazón de Dios. Pero dicho esto, el 'después del pecado' puede causarle más pena, si me instalo en esa tristeza mala que me lleva al miedo de no ser amado, a **dudar de su amor**. Al desaliento.

"Aunque me siento miserable, no pierdo la paz por ello y, algunas veces, me siento feliz pensando que soy una verdadera gloria para la misericordia de Dios" (Sales, carta a Chantal)

✓ Sentir la miseria como trampolín para la misericordia

Cultivemos el arte de servirnos de nuestras faltas: no se trata desde luego de multiplicarlas (el pecado en sí mismo jamás puede agrandar a Dios); por eso, intentando siempre evitar la menor indelicadeza, supuesto el pecado, **no detenerse nunca en la tristeza de la debilidad cometida**. Al contrario, **servirnos de ella como de un trampolín para un abandono más grande en Dios**.

*Se trata de **ofrecerse inmediatamente a Jesús, con sus miserias, para hacerlo feliz***. Dios espera con impaciencia que le permitamos curar nuestras heridas y colocarnos en sus espaldas, como en la parábola del samaritano.

*"El corazón de Dios es trono de misericordia en el que **los más miserables son los mejor acogidos**"* (Sales).

SE CUENTA EN LA VIDA DE SAN JERÓNIMO ESTE DIÁLOGO CON JESÚS

-Jerónimo, ¿qué me das como regalo de mi Nacimiento?; -Divino Niño, os doy mi corazón. -Está bien, pero dame algo más. -Te doy mis oraciones, todos mis afectos. -Pero quiero más. -Te doy todo lo que tengo, todo lo que soy. -Aún es poco. -Divino Niño, no tengo nada más. ¿Qué quieres que te entregue además? -Jerónimo, **dame tus pecados**. -¿Qué vas a hacer con ellos? -**Dame tus pecados para que te los perdone todos**.

DE SAN JUAN DE ÁVILA

San Agustín, mirando todo el discurso de su vida, dice de los hombres que «aunque sean santos, tienen de qué llorar». Conviene, pues, no mirarnos a solas, mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor, el cual es tan lleno de misericordia y remedio y merecimiento para nosotros, que basta y rebasta para **consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres**.

Sépalos, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo (...) Porque el negocio de salvarse los hombres **más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios**. Y más quiere ser Dios glorificado por salvar por gracia que por pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por Él tomarnos por hijos (...) es merced inestimable de Dios.

Porque una cosa es herencia que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es jornal que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos herencia es; y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar jornal, mas **no se han de hacer con ánimo de jornalero interesado y extraño, mas de hijo**, cuyos servicios más son galardonados por ser servicios de hijo que sudores de jornalero (...)

¿Qué diré, Señor, de ti que sea digno de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados, esposo de nuestras almas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo tú condenado nos absolviste, **cayendo sobre ti las maldiciones de la Ley y deshonras de los hombres hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios**.

Te abajaste, Señor, hasta ser acompañado de ladrones, **para darnos a los ángeles por compañeros**. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí **nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo** (...)

Mayor es tu misericordia que mi maldad, por eso confío más por ti que desespero por mí. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de por sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables.

SUPLIQUEMOS A LA VIRGEN EL REGALO DE ENTRAR EN EL CAMINO DE ESTA SANTIDAD

“Santidad sencilla y alegre como la tuya, **sin acciones brillantes**; que se sepa **ocultar siempre sin llamar la atención nunca**. Danos **un corazón que desaparezca** con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que **acepte con amor** los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para **amar sin medida**... que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de **Luz, de Amor, de Vida**”.